

II

LOS TRES DISFRACES

Desde que se inaugurara el edificio destinado á Academia de música, conocido vulgarmente con el nombre de teatro de la Opera, jamás, en noches de baile, había sido mayor la concurrencia. Debíase este satisfactorio resultado, en primer término, á los extranjeros que habían tenido el buen acuerdo de establecerse en París algún tiempo antes de la exposición del centenario, y además al afán de diversiones y de holgorio que forma como un sedimento en el alma francesa, verdaderamente infantil, alegre y regocijada.

Varias eran las cuadrillas que canceaban con entusiasmo; sin embargo, y en esto no había nada que no fuese perfectamente natural y lógico, aquella en torno á la cual la gente se agrupaba con verdadero fervor era la dirigida por ese cadáver ambulante á quien sus compañeros de piruetas han dado el remoquete de « el deshuesado » que resulta una cruel ironía, puesto que el infeliz no tiene en realidad más que huesos, hasta el punto de que produce el efecto de un esqueleto en marcha. Cerca de él, la famosa *Reja de cloaca* (Grille-d'Egout) ahijada de Enrique Rochefort, y las demás desarticuladas para quienes levantar la pierna todo lo posible es algo así como un timbre de gloria, agitábanse como poseídas, en movimientos desordenados y epilépticos.

La mirada de Jorge de Mercœur hubo de fijarse enseguida en una antigua conocida suya, cliente de Folies Bergères; era la moscovita Rhoda, que vestida de bandera franco-rusa, parecía haberse propuesto derribar con la punta del pie la nariz de su pareja, un bávaro del barrio de Grenelle.

Vió también á la no menos célebre Diana, la misma que la noche antes, hallándose en Folies Bergères, hubo de aconsejar á Julieta la camarona que no evocase al americano...

Disfrazada de Bebé, traje que le sentaba á las mil maravillas, Diana se entregaba por completo á las más inverosímiles excentricidades acrobáticas. Uno de los espectadores que sin duda debía conocerla poco, hubo de gritar entusiasmado al ver con cuanta facilidad derribaba la mozuela con la punta del pie, el gorro que en la cabeza ostentaba uno de los figurantes de la cuadrilla, de estatura más que regular.

Mercœur, ante la imposibilidad de continuar su camino, hacía como todos; contemplaba el fantástico baile y las piruetas inverosímiles de los danzantes cancanistas, pero sin demostrar entusiasmo ni admiración, como la generalidad de los concurrentes, y sin censurar el espectáculo, como parecía hacerlo uno de los caballeros respetables que se hallaban junto á él.

— ¿Da lástima, verdad? — dijo al fin el anciano á media voz, con evidente deseo de ser oído.

Comprendiendo que el buen señor quería entablar una conversación, el clubman, olvidándose de su habitual gravedad, replicó al punto.

— La verdad es que no me resulta ese baile para danzado en los salones del faubourg San Germán. Pero tampoco aquí entusiasmarían la pavana y el minué que allí se bailan, y váyase lo uno por lo otro.

Miró el viejo con bondad á su interlocutor y añadió enseguida:

— Sin duda me he expresado mal, joven, ó usted no me ha comprendido. Yo no critico, ¡qué disparate! ni ese arte, ni ese género. Lo que sí me parece mal, y contra eso protesto, es que unas cuantas mozuelas sin vergüenza lo degraden exhibiendo impudicamente sus

carnes apenas cubiertas con pantalones de transparencia excesiva.

— ¡Old! El diablo se me lleve si comprendo esa teoría, caballero.

— Tengo la seguridad de que me comprenderá usted en cuanto me haya presentado... yo soy Clodomiro Ricart.

Jorge, á quien aquel nombre no decía nada sin duda, hizo como si buscase en sus recuerdos :

— ¿Dice usted Clodomiro Ricart?...

— ¿Qué es como si dijera Perico el de los Palotes, verdad? ¡Claro! Usted debía ser aún muy niño cuando todo París se disputaba el placer de aplaudir á Clodoche.

Este nombre lo pronunció el viejo con cierto énfasis lleno de emoción. Como que era él Clodoche, el célebre Clodoche cuyas fantasías coreográficas fueron ornamento, atracción y reclamo de los bailes de la Opera, de Mabilly y de Valentino, treinta ó cuarenta años antes.

En este punto, y sin que nadie le invitara á ello, terció en la conversación el otro caballero respetable.

— ¡Ah! conque es usted el ilustre Clodoche... No sabe usted cuánto celebre... En nuestros tiempos la gente se divertía de firme, ¿eh? Y las muchachas conservaban aún cierto pudor... Aquí donde usted me ve, yo soy Domingo Bugle, redactor-jefe de *El Alba*... para servir á usted, con franqueza.

Clodomiro Ricart movió ligeramente la cabeza.

— Gracias, muchas gracias, señor, — contestó. — Prefiero continuar en la sombra. Crea usted que para mí no sería precisamente un honor que mi nombre fuese impreso al lado de los que cancean hoy; ninguno de ellos llega á la altura de la suela de los zapatos de Chicard, de Mogador, de Clara, de Rigolboche, de Brindidi, de Rosa Pompon y de Pomaré.

El familiar redactor-jefe de *El Alba* dió unas palmaditas amistosas en el hombro de Clodoche.

— Como usted quiera, — le dijo. — Aunque periodista, sé callarme cuando me piden con urbanidad que me calle. Conque Clodoche, ¿eh? ¡El gran Clodoche!... ¿Y qué hace usted ahora?

— Soy posadero y escultor en madera.

— *Sic transit gloria*... Es una verdad como un templo. Usted fué un creador famoso. Autor, empresario y sastre, todo en una pieza. Sí, sí, me acuerdo, me acuerdo.... ¡Vaya!... Aquellos bailes de cuatro figuras, los Clodoches, en los que figuraban los compadres Flageolet, el Cometa y la Normanda... ¡Ya lo creo que me acuerdo! Los dos últimos se vestían de mujer, con trajes ultra-fantásticos... ¡Tenían que ver aquellos trenzados! ¡Qué excentricidades y qué locuras!... ¡Vaya con el señor Clodoche!...

Terminó en esto el último tiempo de la cuadrilla. Clodoche habíase esponjado, hinchándose de vanidad en presencia de un admirador de su gloria pretérita, y ninguno de los dos hubo de percatarse de la ausencia de Jorge de Mercœur que se había puesto en movimiento apenas terminado el baile.

— ¡Dónde ha ido el joven que estaba con usted? — preguntó el periodista mirando en torno suyo.

— ¿Conmigo? No, estaba solo; nos hablamos por casualidad.

— En ese caso, como si lo viera, es uno de la policía secreta. Me siguen desde esta mañana. ¿No sabe usted porqué? Pues porque he sido el primero en publicar, con todos sus detalles, el crimen del Gran-Hotel. Como si la cosa lo fuera del otro jueves. Nada tan fácil, créame usted. He confesado á Flavia la mulata, amiga íntima de la víctima, y eso es todo. Esta noche ampliaré mi información confesando á Diana, ese Bebé apetitoso que acaba usted de ver bailar ahí... Ahora mismo voy á buscarla para convidarla á cenar. Conque caballero, hasta la vista...

Jorge de Mercœur se había apresurado á alejarse en el momento de terminar la cuadrilla porque temía que le entretuviese Rhoda. Sin embargo, cuando evitado este encuentro probable reanudaba el joven su marcha hacia el fondo del escenario, tuvo la desgracia de tropezar, por tercera vez ya, con la enorme rotundidad de la baronesa Lampessadas, que aferrada desesperadamente al brazo de un máscara parecía cantarle una especie de endecha amorosa.

Jorge procuró evitar el obstáculo, y se disponía á con-

tinuar su camino conseguido ya su propósito, cuando se detuvo de pronto, paralizado en sus movimientos por el asombro.

El máscara que apresara la baronesa acababa de volverse y en él había reconocido Jorge al hombre del sombrero de anchas alas, pero sin su traje exótico, sin su sombrero, sin el disfraz de Bajá de Janina con que creyera verle más tarde, y cubierto en cambio con un soberbio traje de príncipe persa.

Era el Kadjar tan arduosamente buscado por la digna esposa del belga van Bruges.

Ante la posibilidad de que su vista le engañase, Jorge buscó en torno suyo alguna cara conocida, alguien á quien poder pedir que le explicase aquellas para él inexplicables transformaciones.

Y vió cerca de él una porción de máscaras con trajes más ó menos históricos, y otras disfrazadas de clowns, de Colombina y de Pierrots, regocijadas en presencia de la estupefacción visible del joven, y á las que él no podía reconocer gracias á las caretas con que cubrían sus rostros. Solo un hombre, que acompañaba á una muchacha disfrazada de Pierrot, se atrevió á levantar la voz.

— ¡Manteca! ¡Manteca! — dijo. ¡Nada, que la baronesa se ha empeñado en encontrarlo, y que no lo suelta.

Esta exclamación llegó distintamente á oídos de Jorge, quien no comprendió su significado, por no hallarse en antecedentes de lo que decía el joven bretón que era el que la había lanzado.

Mirando fijamente al hombre disfrazado de Kadjar pretendía el clubman descubrir en él algo que lo diferenciase del que viera poco antes cubierto con un sombrero de anchas alas, pero no podía conseguirlo. Era sin duda alguna el mismo individuo, aun cuando de sus otros disfraces no había conservado más que una cosa, el antifaz rojo.

Perplejo por la primera vez en su vida, abría Mercœur sus ojos cuanto le era posible para contemplar á su sabor á tan extraordinario individuo, cuyas sabias transformaciones y rápidos cambios de indumentaria hubiese admirado el mismo Proteo; y no pudiendo creer sin embargo en habilidad tan manifiesta, murmuraba :

— ¡*Goddam!* ¡Qué lástima que Jaffary esté al otro extremo de la sala! Seguro estoy que, de encontrarse aquí, me hubiera asegurado que ese príncipe persa es el conde de Corpo-Santo en persona!

Y seguía contemplando con avidez al máscara, olvidándose de su propósito de reunirse con las mujeres cubiertas con dominós rosas y azules.

— ¡*Devilry!* — continuó. — Todas esas transformaciones me dan qué pensar. Para que ese personaje se imponga tales cambios, preciso es que persiga algún ideal misterioso. Lo que es por divertirse no lo hace, porque á juzgar por las apariencias, el hombre está de muy mal humor.

En efecto, el Kadjar parecía contrariadísimo de la insistencia de la baronesa Lampessadas por retenerlo á viva fuerza.

Y he aquí que de pronto una especie de balido prolongado, algo semejante al grito de que se sirven los pastores de las Landas para comunicarse entre ellos, resonó al otro extremo de la sala dominando todos los demás ruidos. Aquel grito debía ser una llamada, convenida sin duda de antemano, porque apenas la oyera el príncipe persa desasióse bruscamente del enorme brazo de la baronesa, y atropellando brutalmente á todo el mundo, sin curarse de las protestas de los atropellados, se dirigió á toda prisa y en derechura hacia la entrada principal de la sala.

— ¡Esta es la mía; adelante Jorge! — se dijo Mercœur, lanzándose á su vez tras el desconocido. Pero la multitud se apretujaba de nuevo una vez pasado éste, y no había medio alguno de abrirse otra vez paso á través de su masa compacta.

Así hubo de comprenderlo el clubman. Retrocediendo de nuevo llegó por fin al sitio donde creyera ver los cuatro dominós acompañados por el hombre del sombrero de alas anchas.

Allí estaban en efecto los dos dominós rosas y los dos azules; pero en vez del hombre del sombrero, Mercœur encontró á su amigo Jaffary.

— Acabo de ver al conde; — dijo á éste.

— También yo.

— Nada tiene eso de particular, — exclamó el más pequeño y menos esbelto de los dos dominós rosas. — El conde acaba de separarse de nosotras.

— ¿Cómo lo ha reconocido usted?

— Por lo que de él me ha dicho Jaffary, — contestó Mercœur.

— Por la mirada, por la voz, por la mecha de la frente, — añadió el estudiante. — Creo que son señas mortales.

— ¿Quiere usted darnos detalles de su disfraz, si no es indiscreta la pregunta? — interrogó el mismo dominó rosa de antes.

— Usted no puede ser indiscreta nunca, vizcondesa; — respondió el clubman. — Hace exactamente tres minutos, el conde, vestido de Kadjar, se encontraba cerca de la puerta oeste de la sala.

— Sospecho que se equivoca usted, — dijo Jaffary. — El conde de Corpo-Santo se encontraba hace tres minutos, no en la puerta oeste, sino en la este de la sala, y no vestido de Kadjar, sino con disfraz de Bajá de Janina.

El coro de los cuatro dominós, que no eran otras que la vizcondesa de Aubinesco y su sobrina Yvona con las dos hermanas Amy y Edmée de Kerbiroet, se dejó oír entonces.

— ¡Imposible! — dijeron. — El conde, con traje de Cristal-Daggers se encontraba hace tres minutos aquí mismo, con nosotras, cerca de la orquesta.

— Y no vengan ustedes á decirnos que hemos visto visiones, — afirmó la vizcondesa — porque delante de nosotras se ha quitado su antifaz rojo, y se ha excusado de no haber ido á buscarnos. Parece ser que la ausencia que él había previsto para hoy se ha prolongado más de lo que pensara.

Hubo un momento de silencio. Cada uno de los seis interlocutores interpretaba de un modo diferente lo que de extraño tenía el caso. La vizcondesa, alegre é indiferente, creía ver en él algún fantástico embrollo, prólogo de numerosas y estupendas aventuras. A Yvona le causaba miedo inexplicable. Amy y Edmée buscaban la llave del misterio, procurando la primera encontrar

alguna relación entre el caso de aquella noche y el relato oído la víspera, y enfureciéndose inútilmente la segunda contra aquel conde que le resultaba de todo punto incomprendible.

También reflexionaban los dos hombres. Proponíase mentalmente Jaffary desenmascarar á aquel desconocido, y proteger, en caso necesario á Yvona; mientras que Jorge de Mercœur, vivamente interesado por lo que veía, encontraba en aquel caso inexplicable una distracción poco vulgar que llegaba á punto para ocupar su cerebro, cansado de reposo.

De modo que cada uno á su modo, todos se hallaban preocupados hasta el punto de olvidarse de la heterogénea multitud que se agitaba en torno de ellos.

— ¡Goddam! — exclamó el clubman golpeándose la frente. — Es una lástima, pero en fin, es lo cierto que mi Kadjar no se ha quitado el antifaz delante de mí, y no ciertamente porque no se lo suplicara con vehemencia esa pobre baronesa Lampessadas que lo tenía prisionero.

Como si despertara bruscamente de un sueño, el tímido Jaffary interrumpió á Mercœur con vehemencia que nadie hubiera podido suponerle.

— Oigan ustedes; — dijo. — Yo sé, y lo lamento, que no me es posible explicar ni poner en claro la triple aparición del prometido de la señorita de Eparville en tres sitios distintos á la misma hora y con tres disfraces diferentes. Sin embargo, debo manifestar á la señora vizcondesa que no ha sido ella la única que ha visto esta noche, hace un momento, la cara del conde.

— ¡Toma, ya lo creo! — dijo la de Aubinesco. — Estas señoritas la han visto también, puesto que estaban conmigo.

— Me he explicado mal; — continuó el estudiante. — Quise decir que yo mismo, no hace mucho, he visto la cara del conde despojada de su antifaz rojo. Ayer, en casa de usted, la contemplé á mis anchas, y tengo la seguridad de no haberme equivocado. Ahora diré á ustedes lo que he visto. Acabábamos de distinguir á ustedes, por tercera vez, Mercœur y yo, después de haberlas buscado en vano durante largo tiempo, cuando

con objeto de alcanzarlas propuse á nuestro amigo que nos separáramos tomando cada uno por un lado distinto de la sala. Así lo hicimos; pero apenas nos habíamos separado cuando comenzaron de nuevo las danzas y no tuve más remedio que detenerme.

— ¡*Sordid adventure!* (Mala suerte) — intercaló el clubman. — Precisamente esa misma cuadrilla, obligándome á mí á detenerme también, fué causa de que me encontrase con el príncipe persa.

— Verá usted, verá usted; — continuó el estudiante.

— Durante la última figura de la danza, una mulata, muy bonita por cierto, cuyos ojos, de mirada terrible, daban miedo, se acercó trémula y desencajada á un hombre que se hallaba cerca de mí y en el cual yo no había reparado, y sacudiéndole un brazo murmuró en voz baja y sibilante esta sola palabra: « ¡Asesino! » Iba á volverme, sorprendido, cuando una voz que me era conocida, contestó:

— ¿Qué lenguaje es ese, hermosa Flavia? ¿Tan pronto se olvida usted de sus mejores amigos?

Instintivamente di media vuelta, y, créanme ustedes, durante un momento brevísimo, pude ver, bajo el antifaz levantado del Bajá de Janina, la cara misma del conde de Corpo-Santo.

La mujer á quien él diera el nombre de Flavia tembló como una azogada, hasta el punto de que creí que iba á caerse. Luego, con voz alterada por la emoción, la oí murmurar:

— « ¡Mi compañero del restaurant Julian! — ¡El... siempre él!... »

Andaba yo preguntándome qué podía significar aquel nuevo incidente, y porqué el conde, que por lo visto había cenado con aquella muchacha, era por ella confundido con un asesino, cuando resonó un grito como un balido. Oirlo el Bajá, y salir disparado atropellando á todo el mundo, fué la misma cosa. ¿Qué dicen ustedes de eso, señoras?

Como hacía mucho calor en el rincón en que se encontraban, las cuatro damas habían desatado los velos de encaje que les servían de antifaz y levantado un poco los capuchones de sus dominós respectivos. Y gracias á esta circunstancia pudo verse que en el momento en que

Jaffary hablaba del encuentro del Bajá con la mulata Flavia, los semblantes de todas ellas, excepción hecha del de Edmée, palidiecieron intensamente.

— ¡*Goddam!* — exclamó Jorge. — Ahora recuerdo que no he dicho á ustedes que el Kadjar de quien les he hablado se eclipsó con la celeridad de un gamo, al oír ese grito de que acaba de hablar Jaffary.

— Y ese grito se ha dejado oír pocos momentos después de separarse el conde de nosotras; pensó en voz alta la vizcondesa. — Aunque la coincidencia más singular no es esa precisamente.

— ¿Qué quiere usted decir? — preguntaron á un tiempo mismo el clubman y el estudiante.

— Me refiero á un encuentro que hemos tenido: encuentro romántico que el doctor A... el protegido de nuestro amigo el marqués, habría contado, caso de ocurrirle á él, deduciendo del mismo conclusiones espartables; — se apresuró á contestar la de Aubinesco. — Figúrense ustedes que parece que desde ayer vivimos en plena aventura. Esta noche, desde el momento en que entramos en el baile, nos hemos tropezado con una porción de cosas increíbles... Y lo curioso del caso es que esas dos historias que han contado ustedes parecen relacionadas íntimamente con nuestras propias impresiones. Prueba al canto. Acabábamos de escabullirnos, estas señoritas y yo, dando la vuelta por la escalera principal con objeto de no caer como ustedes en las garras de la baronesa Lampessadas, cuyo traje excéntrico y llamativo nos causaba cierto terror, cuando de pronto, y sin que supiéramos de dónde había salido, nos encontramos al lado de un máscara disfrazado de Bajá de Janina.

El brazo de Yvona tembló en el mío á la vista de aquel hombre. Se comprende, porque bajo el antifaz rojo del disfrazado, cuya mirada estaba clavada en nosotras, mi sobrina acababa de reconocer al conde, su prometido.

Van ustedes á decir que soy una loca, pero no importa: confesaré mi pecado. Tentada estuve de acercarme al hombre y embromarle un rato. Hubiera sido una libertad algo extremada de mi parte, pero en un baile público ¿no son disculpables los bromazos? Iba como digo á acercarme á él, cuando una voz incisiva, metá-

lica, cortante como un hacha, pronunció á mi lado esa palabra aciaga : « ¡ Asesino ! »

— ¡ *Disputeless!* Apuesto á que era la mulata de Jaffary la que la pronunciaba ; — interrumpió Jorge de Mercœur.

Era en efecto una mulata, la misma que ha visto y oído nuestro joven amigo. Estaba ella á la puerta del salón de descanso, entre un ujier y otro hombre de elevada estatura cuyo extraño disfraz nos sorprendió casi tanto como la acusación que acababan de lanzar contra él. Al hombre lo veíamos de espalda mientras que la mulata se nos mostraba de lado por lo que pudimos admirar su perfil soberbio y un brazo divinamente modelado, que en aquel momento se alzaba amenazador.

El hombre contestó, y el timbre de su voz nos hizo estremecer á todas.

— ¡ Buena reputación hace usted á sus amigos, hermosa Flavia ! — decía. Y se echó á reír, añadiendo enseguida :

— ¿ Sabe usted que para haber sido asesinada no puede usted tener mejor cara ni aspecto más saludable ?

Amigos míos, créanme ustedes si quieren, pero la voz que oíamos era la del conde, y los ademanes y la apostura de aquel hombre exactamente los mismos que las de Corpo-Santo. Más aún, la cara era también la del conde : la vimos en el momento en que él separó un poco el antifaz. La mulata también la vió, y después de mirarle ávidamente dió un paso atrás y llevando ambas manos á su pecho, exclamó : « Otra vez... mi compañero del Café Julian... ¿ Será el diablo ? »

¡ Juzguen ustedes de nuestra sorpresa en presencia de aquella escena ! Tan sorprendidas estábamos que Edmée se volvió instintivamente para buscar con la vista á ese Bajá de Janina cuyo parecido con el conde estuvo á punto de hacerme cometer la imprudencia de que me acusé antes. Pero el Bajá había desaparecido ; en cambio un momento después se presentaba ante nosotras el conde en persona, desembarazado ya de la singular y peligrosa mulata, saludándonos respetuosamente con el inmenso sombrero en la mano.

Pues miren ustedes, la verdad es que le sienta muy bien ese traje extraño. El hombre, aun cuando acababan de llamarle asesino, estaba tan tranquilo y risueño como si le hubiesen dicho un cumplido. De lo que menos se acordaba él, en el momento de saludarnos, era de la tremenda acusación de la impetuosa Flavia.

— Una *black nymph* (ninfa negra) interrumpió Jorge. — ¿ Sabe usted que ese conde me parece de muy buena pasta ? Porque en fin, si á mí me llaman en público asesino, yo hago detener inmediatamente á la persona que profiere esa acusación infamante.

— Y tal vez haría usted mal ; — insinuó el tímido estudiante. — El hombre que tiene tranquila su conciencia no debe formalizarse por una acusación lanzada contra él en un baile de máscaras, sobre todo cuando tal acusación, por su misma gravedad reviste los caracteres de un bromazo siniestro.

— Pues la muchacha en cuestión no tenía trazas de bromear, — aseguró Edmée. — Además, existe la semejanza entre el conde y ese Bajá al cual se dirigió ella delante de usted, señor Jaffary.

La vizcondesa de Aubinesco sabía morderse la lengua y hacerse toda oídos cuando un narrador elocuente satisfacía, con estupendos relatos, la pasión de la noble señora por las aventuras más ó menos verosímiles : pero no podía soportar las discusiones. De ahí que se apresurara á cortar la que se iniciaba á consecuencia de la interrupción de Edmée.

— Sea como quiera, la calma del conde en aquellos momentos no estaba exenta de cierta grandeza. El señor de Corpo-Santo nos hizo admirar su disfraz del cual nos dijo que era el uniforme usado por el capitán de los Cristal-Daggers de Ceilan. Y como luego hubo de suplicarnos que continuáramos la conversación interrumpida por su llegada, yo le dije :

« Ofrézcame usted su brazo ; las señoritas de Kerbroet cumplen hoy diez y ocho años, por eso están en el baile, para celebrar tal aniversario. Pero como nuestros acompañantes nos han abandonado, Amy, la mayor de las dos hermanas, nos entretiene refiriéndonos la historia del tesoro de la Misericordia, que es su herencia. »

— Y esta señorita, — preguntó ansiosamente Jaffary — ¿ ha continuado su relato delante del conde?

— No, — contestó Edmée cortando la palabra á la vizcondesa : — Mi hermana tiene ideas muy particulares. Con seguridad que prefiere tener dos oyentes que uno solo. El conde se excusó, esa es la verdad, de haber interrumpido el relato; y no menos verdad es que mi hermana no quiso reanudarle, no obstante las vivas instancias del señor de Corpo-Santo. Pero como la vizcondesa estaba rabiando por conocer el fin de la historia, quedó convenido, por iniciativa mía, que nuestra escapatoria de esta noche se terminaría con una cena en gabinete particular. Allí no tendrá mi hermana inconveniente alguno en satisfacer la curiosidad de la señora vizcondesa.

— ¿ Asistirá el conde á esa cena?

— ¡ De ningún modo! ¿ No le digo á usted que Amy tiene ideas muy particulares?

Jaffary respiró á gusto. El pobre muchacho era celoso como un turco, con la agravante de no saber disimular su pasión. Tal vez los celos le habían hecho temer la presencia de Corpo-Santo en el proyectado banquete, á menos que no tuviera también él, por su parte, ideas particulares.

— Pero en fin, — insistió — ¿ no creen ustedes que puede haberse ofendido, viendo que se le eliminaba?

— ¡ Bah! ni siquiera se ha fijado en semejante cosa, — dijo la vizcondesa. — ¡ Como si á él le interesaran esas historias!

Y acercándose al oído de Jorge, quien sonrió al oír la frase, añadió en voz baja :

— Tal vez ha dado otra cita á la hermosa Flavia en el restaurant Julian... Por lo que pueda tronar, nos iremos á otro cualquiera.

Decaía la animación en la sala. La multitud era mucho menos densa, por haberse ausentado ya gran parte del público pagano, de lo que pudiéramos llamar personas decentes. Era llegado el momento de las locuras, de la bacanal, del desorden.

— ¿ Les parece á ustedes que nos vayamos? — opinó Edmée poniéndose de nuevo la careta de encaje.

Su hermana, y los otros dos dominós rosas la imitaron, mientras que la vizcondesa replicaba :

— Sí, vámonos, es una excelente idea. Ya tengo ganas de estar en la mesa para conocer el secreto del tesoro de la Misericordia.

No era en verdad empresa fácil la de abrirse paso á través de la multitud que aún se agitaba entre la orquesta y la salida. De ahí que á propuesta de Jaffary, quien se había preparado para ingresar en la Escuela Naval, tomó el grupo la forma de un barco, única manera de navegar por aquel proceloso mar humano. Jorge de Mercœur abría la marcha haciendo de tajamar y cortaba con sus codos la ola de gente : tras él marchaban las mujeres en dos parejas, constituyendo la obra muerta, y Jaffary gobernaba la marcha detrás, ejerciendo de timón.

Durante el trayecto, que hubo de hacerse lentamente, todos, hombres y mujeres, miraron con avidez á derecha é izquierda, como si buscasen, sin confesárselo, al fantástico personaje que aquella noche se les apareciera sucesivamente disfrazado de Cristal-Daggers, de Kadjar y de Bajá de Janina, conservando siempre, bajo el rojo antifaz, el semblante indiscutible del conde Enrique de Corpo-Santo. Pero ni en la sala, ni en los corredores, ni en parte alguna lograron descubrir ninguna de las encarnaciones del moderno Proteo.

En la meseta superior de la escalinata había casi tanta gente como en el interior del edificio, por efecto de las infinitas personas que salían por todas las puertas, precipitándose al exterior con evidente necesidad de respirar una atmósfera más oxigenada.

La noche era tranquila, tibia. En el momento en que la vizcondesa, acompañada de las tres muchachas y los dos jóvenes, descendían los escalones de la gradinata, tres hombres de elevada estatura, cubiertos los rostros con el embozo de sus capas, descendieron á su vez, dándose á seguir á nuestros conocidos sin que su maniobra fuese advertida por hallarse casi rodeados del bullicioso grupo compuesto por los criados de la casa del marqués Trogoff, grupo que capitaneaba Claudina, vestida de Pierrot, quien daba uno de sus brazos á su nuevo amigo Jaime, procurando sostener con el otro la vacilante ma-

jestad de Luis XIV, quien se tambaleaba de modo alarmante.

— ¿Vamos á pie? — propuso Edmée.

— Lo que es por mí, — dijo la vizcondesa — no hay inconveniente. Por supuesto, si no temen ustedes al frío.

— ¿Y dónde vamos?

— ¡Ah, eso ya es otro cantar! ¿Dónde vamos? A mí, la verdad, no me hubiera disgustado conocer el restaurant Baratte. Mi marido me habló muchas veces de él, pero no quiso llevarme nunca. Y el caso es que está lejos el tal restaurant... Pero podemos llegarnos hasta el Café Riche y tomar allí un coche de círculo.

— ¡Andando! Vaya por el restaurant del mercado; — decía Edmée tomando deliberadamente el brazo izquierdo de Jorge.

— Eso es, — observó la vizcondesa; — de ese modo harán ustedes la cesta de dos asas, como dice el escogido público con el que nos hemos codeado esta noche... Venga usted, Jaffary, sírvanos usted de sostén, á mi sobrina y á mí.

Mientras deliberaban la vizcondesa y sus acompañantes, el alegre grupo de que Jaime formaba parte habíase detenido también para decidir lo que habían de hacer, y se puso en marcha de nuevo al mismo tiempo que los dominós, distanciándose un poco de los tres hombres de elevada estatura, y gritando á plenos pulmones:

— ¡A cenar, á cenar!

Seguían los tres hombres su marcha silenciosa tras el primer grupo, y se hallaban en aquel momento bien ajenos de que ellos á su vez eran seguidos por una mujer alta cuyas facciones desaparecían tras un tupido velo de encaje.

La desconocida, para no perderlos de vista sin duda, los seguía muy de cerca, procurando andar de modo que su calzado no sonara sobre el asfalto endurecido.

— Ahora vamos á separarnos — decía uno de los tres hombres. — Mi trabajo de esta noche no ha terminado aún, ni con mucho. Tú has hecho bien tu papel, Francisco; no ha sido floja la sorpresa de esa pobre mulata

que te trató de asesino al reconocer en tí á su compañero de la vispera. También estoy contento de tí, Constante, pues has sabido escapar de las manos de la baronesa sin decirle una sola palabra... Lo dicho, hermanos, separémonos aquí; mañana iré á haceros una visita.

Mientras tanto, la mujer del espeso velo, murmuraba:

— ¿Cuál de los tres será?

Hizose bruscamente atrás y se escondió tras el kiosco de periódicos situado frente al café Americano, porque los tres hombres se estrechaban la mano, disponiéndose á separarse en la esquina del teatro del Vaudeville, y durante un segundo la luz eléctrica del restaurant de noche iluminó casi de lleno sus semblantes.

La mujer llevó una mano á su frente balbuceando con voz hueca:

— ¡Tres!... ¡Son tres!...

Sonriendo con amargura, prosiguió:

— Mi compañero del restaurant Julian es peor que el diablo, puesto que, como Dios, tiene una sola cara y son tres personas distintas.

Dos de los hombres de las capas tomaron por la Chaussée-d'Antin, mientras que el tercero, atravesando el bulevar, dirigiase hacia la calle de Luis el Grande.

Tendiendo amenazadora sus puños en ambas direcciones, la mujer del espeso velo rugió sordamente:

— ¡Sí, sepárate. Sepárate, americano, triple demonio, cobarde asesino de mujeres!... Aunque fueras ciento, aunque fueras mil, la mano de Flavia la mulata, arrancándote el corazón, sabrá vengar tu último crimen.